

CAPITULO III

EPIDEMIA ANTISEMITA

Ferri observa justamente (*Nuova Rasse-
gua*, 1893), que aunque estas causas expli-
can la antipatía latente durante varios si-
glos entre el judío y sus conciudadanos, no
nos dan, sin embargo, los motivos de esas
explosiones de odio agudo, epidémico, que
han hecho de este sentimiento culto y es-
porádico, un sentimiento colectivo violen-
to; una pasión, un aborrecimiento espontá-
neo, casi general, que ha impulsado á los

expulsiones arbitrarias, á las matanzas sin pretexto, llegando así á los tristísimos acontecimientos históricos que revolucionaron y ensangrentaron á naciones enteras. Ejemplos de esto son los tremendos asesinatos de 1096, 1146, 1306, 1321, 1541, 1559, 1576, 1614, 1623, 1628 y 1653, perpetrados bajo los fútiles pretextos de un niño cristiano degollado, de un sermón desatendido, excusas que han encontrado eco, aún en nuestros días, en Rusia y Alemania.

Puede hallarse una explicación de tan lamentables sucesos en el estudio de fenómenos, que la experimentación ha evidenciado hoy y que nos enseñan que las epidemias son una exarcebación rápida é intensa de gérmenes que poseemos en estado latente.

Así, según advierte Hericourt, el cólera indio no es más que un tránsito al estado agudo de nuestro cólera. Los microbios específicos parecen idénticos en los dos, acaso un poco diferentes; mas en el cólera asiático, ellos adquieren una difusión enorme, multiplicándose á millones y desarrollando productos tóxicos mucho más virulentos.

Conócese igualmente que los fenómenos de la influencia son, en el estado esporádico, muy ligeros en la gripe común. La escró-

fula epidémica ataca algunas veces todo un caserío, todo un colegio, singularmente en los países donde domina la escrófula; ésta es sólo una forma atenuada de la tisis como la ocupación gástrica lo es de la fiebre tifoidea. Todas estas formas agudas y epidémicas tienen su origen en causas puramente locales (carestías, peregrinaciones á la Meca, temperaturas cálidas), y terminan por desaparecer, precisamente en virtud de su propia difusión después de haber herido ó inoculado más ó menos toda la población. Otro tanto podemos decir que acaece con el antisemitismo.

Mas, ¿qué causa ha reavivado en estos últimos años, la endemia latente? Ferrí advierte con gran precisión, que es necesario atribuir este fenómeno á los amaños que, con fines políticos, han tejido los gobiernos y las diversas sectas políticas. Bismarck, que veía en la oposición á un considerable número de judíos (con Lasker á la cabeza), empleó para reducirlos aquella brutal y poco escrupulosa política, que le consentía solucionar con la espada de Breno, las cuestiones que un estadista tan ilustre como Cavour hubiera resuelto con el delicado arte de la política y con el genio de la elocuencia. El

Canciller del hierro precipitó contra los judíos los instintos populares ocultos, pensando vencer su tenacidad con los mismos procedimientos que usaba para combatir á los católicos, los calabozos y las prisiones. El pueblo alentado en sus inclinaciones más atávicas por un alto político, no desatendió la poderosa ayuda, y el movimiento, una vez comenzado, desencadenóse más violentamente que acaso soñara su imprudente provocador.

Rusia, concitando los rencores de las masas contra los israelitas, creyó igualmente poder sofocar las entonces nacientes simpatías por el nihilismo y alejar al pueblo de las violentas reacciones que habrían de surgir de las horribles hambres causadas por sus gobernantes; á ello contribuyó poderosamente el fanatismo religioso de que parece imbuído el Presidente del Santo-Sínodo, dueño y maestro del corazón del Czar.

«Después de la muerte de Alejandro II, escribe Bernardo-Lázaro, la revolución fué como nunca la hidra y el espantoso dragón contra el cual urgía defender á la Rusia santa. Pensóse en retrotraer las ideas ortodoxas. Todo el mal, decíase, viene del extranjero, del hereje... Atacóse así á los judíos,

como á los católicos, á los luteranos; en una palabra, á todos los que no pertenecían á la raza eslava ó no profesaban la ortodoxia griega. La persecución revistió, sin embargo, mayor actividad contra los judíos, porque no podían fraguarse en presencia de éstos las ilegalidades diplomáticas, que acostumbraban á suscribir los católicos, los luteranos y los alemanes. Europa entera protestó de la matanza de los católicos rusos; nadie osó alzar su voz ante los cadáveres de los judíos asesinados, crímenes velados por la más completa é irritante impunidad.»

Rusia, abusando de los prejuicios y de los enconos religiosos (Ferri), profundamente arraigados por una larga herencia en las masas populares y sobre todo en las campañas, Rusia ha sabido imprimir otro carácter al movimiento de protesta de la gran masa de miserables contra la riqueza exagerada de unos pocos, excitando los instintos de las muchedumbres contra los «asesinos de Cristo» y los «monopolizadores de la riqueza pública».

Aquí como en Alemania (esto es natural en un pueblo menos civilizado), esos odios revistieron una forma tan aguda, tan epi-

démica, que no solamente propagáronse á las campiñas, sino que hasta ganaron el espíritu de sabios imparciales, como Drill, Tarnowski, que me han confesado encontrar muy naturales todas esas medidas que adoptaba el gobierno. Los judíos de Rusia, dicen ellos, siendo diferentes á los de las otras partes del mundo, merecen su suerte. Sin embargo, ya tendremos ocasión de verlo, estos judíos eran útiles, hasta necesarios á su país; constituían, como hoy en Rumanía y antes en la Edad Media, entre nosotros, el primer escalón de la clase burguesa é industrial que faltaba en ese pueblo de empleados y militares, nobles y agricultores.

Los pueblos y los políticos intervinieron á su vez en esta lucha, impelidos por otro móvil, por diverso germen epidémico. El que estudia, no ignora que á cada período, á cada época corresponde en Europa una epidemia política; en el 89 eran los *derechos del hombre*; en 1815 *la legitimidad*; en el 59 *el nacionalismo*; luego en 1880, apenas desencadenado por toda Europa y acaso de rechazo en la América del Norte, ese viento de falso proteccionismo é internacionalismo, que impulsa á los diferentes pueblos á excluirse mutuamente, á encerrarse en sus

propios confines, cada cual busca la fortuna dentro del dominio de los demás, no pensando, tan grande es la ceguedad de los hombres de Estado, que esto termina siempre por la dominación de todos y de cada uno en particular. De aquí, los cordones aduaneros establecidos en todas partes, y los odios renovados de los franceses contra los italianos, de los rusos contra los alemanes, de América contra los chinos y los italianos. Los mismos hijos de Australia, engendros de la civilización modernísima, sueñan con organizar y preparar decretos contra el extranjero, á quien miran como enemigo, y del que tienen, no obstante, grande necesidad para la expansión de su colonización. En resumen, todos retrogradan al antiguo *hostis-hostis* (extranjero-enemigo).

Es por consiguiente natural que por su divergencia de raza con las otras naciones, el judío haya atraído contra sí, bajo un pretexto patriótico y nacional, los sentimientos hostiles, conforme los despiertan en Rusia los alemanes, y los ingleses en las colonias portuguesas y recíprocamente.

Hemos de conceder un importante lugar, entre todas estas influencias que han contribuido á desenvolver el movimiento antise-

mita, al sentimiento religioso de una parte y de otra á la agitación socialista, que viene en su ayuda, tanto por favorecer los instintos populares (á ejemplo de los gobiernos), como por odio contra la riqueza que el sistema mencionado combate.

Explícase de esta suerte que, mientras que el antisemitismo latente y esporádico se observa diseminado en cada país de Europa, el antisemitismo epidémico y político hállase desarrollado principalmente en aquellos países, donde el movimiento de la reforma social y política es más acentuado (*el socialismo* en Alemania, *el nihilismo* en Rusia, *el nacionalismo* en Austria), en tanto que la propaganda antisemita permanece en el estado embrionario y se agita en el vacío, allí donde el socialismo alcanza menor desenvolvimiento, como sucede en Italia y Francia.

Además, se ha notado que los países más ardientes defensores del antisemitismo político, son aquellos en los cuales el sentimiento religioso cristiano tiene todavía una suficiente vitalidad (Ferri).

Observemos ahora que todos estos fenómenos se exacerban, motivando, como las enfermedades, crisis agudas en los pueblos

donde el número de judíos es más considerable (Rusia, Rumanía, Alemania): en ellos, los gérmenes del mal son más numerosos y las ocasiones de contacto más frecuentes; igual que acontece siempre en esta clase de epidemias morales, los alienados, principalmente los matoides, atizan el fuego con mayor pujanza que los jefes políticos.

Todos estos locos y semilocos son los propagandistas más eficaces, porque á la elocuencia extraña, arrebatada, primeros recursos que siempre producen tremenda impresión sobre el pueblo, ellos añaden esa negligencia, ese menosprecio de las costumbres del mundo y de los hábitos más ó menos convencionales, propios de los cerebros equilibrados: de esta suerte impónense á las masas por su exageración en los sistemas. Tenemos un ejemplo de esto en el ingenioso Paasch, autor de un opúsculo, que ha conseguido inusitada resonancia, intitulado: *Una embajada judaico-prusiana en el extranjero*; Paasch fué juzgado loco en Berlín, en estos últimos años.

Ahlvart, Morés, son indudablemente locos ó matoides que, con su enérgica impulsividad, tan grande como absurda, y con su fanatismo, suplen á los hechos y á la lógica;

ésta es precisamente la causa de su poderosa influencia sobre las masas; éstas nunca razonan, dejándose arrastrar por los hombres más apasionados y fanáticos.

Yo he notado por eso en mi obra *El delito político* (1) que un gran número de los más furiosos fanáticos, principalmente de esos que aportan sus crueles instintos de criminales y sus desequilibradas tendencias, al servicio de sus exageraciones políticas de partido, son individuos afectados por verdaderas enfermedades mentales encubiertas: parálisis general, paranoia (Marat es un ejemplo clásico); estos estados encuentran sus factores agravantes en la sífilis, el alcoholismo, el morfinismo, en una palabra, en todos esos virus y venenos que favorecen las degeneraciones cerebroespinales.

Conforme he podido observar, en Italia, por ejemplo, en aquellos países donde se abusa del alcohol, en los romanos, las luchas políticas son más vivas; igual sucede en los pueblos donde reina la malaria, en la Calabria, en Pavía, en los cuales los partidos medios constituyen una excepción.

(1) En breve ofreceremos á nuestros lectores una traducción de esta hermosísima obra.—(N. del E.).

CAPITULO IV

FALSOS PREJUICIOS QUE INVOCA EL ANTISEMITISMO.—LA MEZCLA DE RAZAS

Sean los que fueren los orígenes y las causas del fenómeno, siempre que un partido como el antisemitismo se eleva y extiende, cuando en el espíritu de muchas personas goza de bases serias y estables, deber es de todo hombre de Estado preguntarse: ¿Este partido tiene razón de ser? ¿Carece de ventajas? ¿Nos preserva de una fusión peligrosa? ¿Nos libra de una unión depravada con los semitas, viles y cobardes, que mancharían nuestra raza? ¿Nos desembaraza de